

EL ALMOHADON DE LA
MARQUESA

Sra. Marquesa de la Cruz de Yedra.

Aquí estoy, señora, con su perfumado billete delante, sumido en tales perplejidades, que antes de responderle necesito invocar en mi favor todas sus benevolencias.

El caso no es para menos.

Me increpa usted por mi **huída**. Así lo llama usted y por mi parte hallé el nombre tan adecuado a la acción, que pienso que al calificarlo no se dió todavía cuenta de toda la propiedad y exactitud con que la palabreja designa el acto. **Huída, huída** fué, y la impresión de miedo no se me ha quitado todavía. Y como no me faltó valor para huir, tampoco me falta para reconocer la naturaleza del hecho.

Y consideré que se necesitan más ánimos para lo segundo aún que para lo primero. Tanto más, cuanto que no deja de ocurrírseme que el temor grandísimo que me ha invadido haciéndome salir precipitadamente de su casa, tal vez no llegue a encontrar justificación ante sus hermosísimos ojos ni ante los de otras personas que pudieran fijarlo en estos renglones.

Créame, mi ilustre señora y bellísima amiga. Toda la noche la he pasado sin que los párpados pudieran cerrar la entrada de mis pupilas a las visiones pa-

vorosas, que, penetrando por ellas, venían a causarme tormentos indecibles.

Una y otra vez reconstruía la escena. Una y otra vez entraba de nuevo en su **boudoir** como si María, su doncella, me acabara de abrir la puerta del gabinete. A la enérgica evocación de lo ocurrido, volvía a sentir el suave y tibio ambiente en el cual se percibían aromas delicadísimos, aunque no tanto, sin embargo, como los de limpieza y de cuidado que hacen de su gentil y personilla la idealización de lo físico, porque el agua del baño que se había evaporado tenía por impurezas los dejos de la Colonia, y al precipitarse por la puerta entornada que comunica con el cuartito, de las abluciones, traían al gabinete revelaciones vagas que aletargaban los sentidos, mostrándoles todo lo que el viajero echa de menos en el maravilloso **baño** de la Alhambra.

Aún me parece sentirla a usted tras la abierta hoja del armario de luna asomando sólo por debajo sus piececitos metidos en las **mules**, de terciopelo forradas de blanquísima piel, cuyos matices subrayaban las negras medias, sobre las que caían los encajes de sus ropas, y sobre todo el borde de ese maravilloso peinador en que las **Brujas** tejieron una fantasía de finísimos hilos para adornar el abandono de su deslumbrante belleza. Abandono que contemplan en la intimidad el Mefistófeles de bronce que sostiene la lámpara junto a la mesa tocador, con sus cejas en ángulo y su perilla puntiaguda, sonriendo diabólicamente; el ídolo japonès esculpido en madera, de grotesca expresión, cara ancha y redonda, ojos oblicuos y barba sequemáticamente ondulosa, que mantiene la caja de los jabones sobre sus rodillas sujetándola con sus dedos geoméricamente cincelados; el Cristo del siglo XIII, de amarillento marfil, colgado sobre el reclinatorio gótico de ébano, en el fondo de la alcoba, con sus deficiencias de factura que se revelan sobre todo en los ojos enormes y des-

proporcionados asumiendo la expresión de un dolor infinito, y el macizo paje del renacimiento de expresión inocente y bondadosa, que, al servicio de un señor feudal, adquirió el aire sumiso y resignado con que levanta el hermoso y artístico tapiz. Con los ojos cerrados podría dibujar los elegantes, largos, pliegues de aquella suntuosa tela que separa la alcoba del gabinete, dando paso a la luz del día que viene por la ventana para penetrar en la alcoba todas las mañanas, y a la luz de las gracias y de los encantos que todas las mañanas salta del blando y mullido lecho de la alcoba, para salir a aquel encantador gabinete de mis pecados.

Y en este cuadro que una vez y otra se me metía por los ojos, volvía a encontrarme de nuevo, y en él tropezaba con la novedad del día: con el almohadón.

En el fondo gris-plata del raso veía destacarse las flores admirables bordadas por esas dos infelices de que usted me habló. Y me parecía oírle alzar la voz para decirme desde su escondite, aquel,

—Fíjese; ¿no es verdad que es una labor esmerada, primorosa, meritísima?, con que llamaba mi atención sobre el espléndido bordado.

—Así es, así es....—repetía yo examinando aquel prodigio.

—Vaya, ¿a que no acierta cuánto me ha costado?—me preguntó.

—¡Quinientas pesetas!—me aventuré a calcular, creyendo decir poco.

—Mire usted, Marquesa, aún me parece sentir en la cadenita de huesos que transmiten al cerebro las sacudidas del tímpano, el hormigueo de las vibraciones argentinas, es decir, algo así, como metálicas, con las que se burlaba de mí al tratar de articular un expresivo, ¡**Quiá, hombre!** Al oírlo empezó a invadirme este miedo que no me dejaba conciliar el

sueño, reproduciéndome anoche una y otra vez lo ocurrido.

—¡Doscientas cincuenta!—exclamé, para dejarle el placer de que me rectificara aumentando la cifra. Y no puedo decirle como penetró más hondo todavía, y más mortificador, el gorjeo de su garganta, recordándome el ruido de las moneditas que el Conde hacía bailar, por arte de prestidigitación, en la copa de sutilísimo cristal mediada de champagne, durante la sesión que nos dió la otra noche de sus arterías sorprendentes.

—¡Menos, menos aún!—me aseguraba usted.— Entonces me confesè vencido, entonces me explicó desde el dormitorio oculta por la luna, trasteando en el armario, las circunstancias especiales que le habían permitido tenerlo por un precio inverosímil.

Me contó usted que era la obra de dos pobres muchachas que tenían poquísimos trabajos, que el invierno pasado les dió aquel raso, encargándoles que en sus ratos de ocio le fueran haciendo el almohadón, que tres días antes se lo habían traído y que (tengo la seguridad de no haberme equivocado, porque me lo hice repetir para asegurarme bien), y que usted había pagado por él **veinticinco pesetas!**

Cuando le pregunté si las obreras no habían reclamado más por su trabajo, me respondió que fué María quien se entendió con la que vino a hacer la entrega, y que la bordadora, al darle el billete, trató de recoger su labor, pero que la doncella la convenció sin duda, cuando la otra concluyó por dejarla.

¡Qué impresión tan extraña me produjo aquel diálogo! Hablaba usted satisfecha del excelente negocio que había hecho, vanagloriándose, de él, y al reproducirse en el espejo el rincón del gabinete en que me hallaba yo, destacábase mi propia imagen aparentemente más allá del marco, en el mismo sitio en que sus palabras vibraban de tal modo, que parecía ser yo mismo el que pensaba y sentía aque-

llas cosas, diciéndolas sin mover los labios, como si por arte de ventriloquía imitara a la perfección su voz.

¡Qué escalofríos sentí! La impresión fué viva, pero rápida! Al cerrar el armario giraron las paredes con cuanto de ellas pendía, y la atomana en que estaba sentado, y el almohadón, y todo, como si el gabinete, arrancado por su base, resbalando oblicuamente, hubiera ido a caer de golpe en las penumbras de la alcoba, bajo los arcos tallados del reclinario.

Dejando cerrado el ropero,

—Vuelvo en seguida—me dijo, saliendo por la puerta de escape hacia el interior de la casa.

Y al desaparecer usted, me quedé solo con el almohadón.

Yo no sé si las ansiedades, las amarguras, los anhelos, las vicisitudes, que se alinean en una y otro de las cuartillas que escribo en las faenas de mi arte, saltarán por las entrelíneas de lo impreso a revelarles al lector esas elocuciones del trabajo; pero si mis cuartillas, a falta de otros méritos, no tienen ese, lo que es aquel almohadón, puedo asegurárselo a usted, tenía ese mérito, además de los otros muchos que en puesto y lugar tan distinguido le habían colocado.

Así, a medida que iba fijando la atención en los detalles de aquella preciosidad, iban éstos revelándome interioridades que me ponían, se lo confieso, **piel de gallina**.

El dibujo de las esbeltas hojas y de las coquetonas flores me llevó, atravesando calles, a un cuarto interior, al que se subía por una escalera, también interior, que empezaba al otro lado de un patio hasta cuyas húmedas losas no había bajado nunca el sol.

Llegué al cuartocho abuhardillado. Había allí dos mujeres, jóvenes por la edad, envejecidas por las privaciones y la anemia. La mayor no tendría trein-

ta y seis años, y la vista se le acababa por haberla gastado en las puntadas invisibles dadas con esas finísimas agujas en cuya extrema delgadez, apenas se concibe que haya sitio para hacer un taladro, siquiera sea éste tan menudo que para percibirlo haga falta la penetración misma de la luz al filtrarse por él.

Esas puntadas invisibles de las cuales se habían dado millares y millares para formar una sola de aquellas brillantísimas flores cuyos pétalos parecían haberse abierto sobre el mismo raso que formaba el fondo, me dijeron que la cabeza de la diestra obrera había pasado inclinada sobre la labor velando y preparando el abrirse de aquellos capullos, horas y más horas de tristeza infinita, vacilando, con los mareos del hambre y de la debilidad, en los días que sumaban aquellas horas, y en los meses que sumaban aquellos días de sus ocios impuestos por la carencia de trabajo.

Las sedas, que compraron por menudo aquellas infelices, me contaron que ellas solas valían diez y ocho o veinte pesetas, y quedaban para pagar a las desventuradas bordadoras **cinco** ¿oye usted? **cinco pesetas!**

Entonces me pareció oír a la obrera pedir a la habílidosa doncella el almohadón y negarse a aceptar lo que le daban por su trabajo; escuchaba la insistencia de María, que con sus gracias de gata mimosa le escamoteaba las energías para reclamar lo que era suyo y de su compañera de infortunios; sentí el golpazo seco de la puerta, vi a la bordadora volver la cara al salir del espléndido zaguán para que el portero no sorprendiera las gotas que el sufrimiento hacía resbalar por sus mejillas; la seguí por la calle, viéndola llevarse con disimulo un pedazo de tela a los párpados; asistí a su entrada en la boharcilla helada donde la otra, la que ya está casi ciega, se abrazaba a ella, porque a falta de vista, le

queda aún lágrimas en los ojos; y lleno de pavor, viendo al Mefistófeles burlarse de mí con su sonrisa diabólica, al ídolo japonés hacerme su mueca aterradora, y al paje levantar el tapiz enseñándome humildemente la imagen del crucificado amarillento de la alcoba, a él dirigí la vista, y en sus ojos saltones, enormes, vueltos hacia arriba, con la expresión suprema del dolor eterno, encontré un testigo mudo e inteligente en el que la mano aún inexperta del arte había escrito una frase que repercutía en aquel momento en lo más hondo de mi propio ser. Y el Cristo, clavado en la cruz, haciéndome levantar los ojos a lo alto, me dió el valor necesario (usted lo ha dicho en su perfumada esquelita) para huir de allí.

Ya sabe usted, amiga mía, por qué me escapé antes de que volviera, y por qué hoy tampoco pienso ir por allá.

¿Recuerda usted el horror con que el conde y yo —él un absolutista y yo un republicano rojo—hablábamos del último eco de esas explosiones sangrientas de la anaquía, que la demente autocracia incubó en el más vasto imperio de Europa al retar a la desesperación de la miseria y que han venido luego a repercutir en nuestras naciones infundiendo el espanto, la desolación y la muerte?

Usted lo recordará, Marquesa, usted recordará que el Conde y yo disentíamos acerca de los remedios que el mal podía tener, pero que compartíamos el horror que el hecho nos inspiraba.

Pues bien; cuando vi que al Cristo parecían salirse los ojos como si quisieran marchársele al cielo para no ver lo que en la tierra ocurría escapè dirigiendo una última mirada al almohadón, porque me parecía que usted y las personas que en iguales condiciones procedan del mismo modo, son otros tantos autores de crímenes tan horribles como ese execrable y el odioso que la dinamita anuncia con su ho-

rrísono estallido, con la diferencia de que así se mata con una pólvora sorda que casi no produce más ruido que el del sollozo, y el del estertor apenas perceptible de la tisis que la anemia va engendrando poco a poco.

Usted sabe que esas dos infelices no irán al juzgado a reclamarle la deuda, y que en el caso extremo de que fueran, con darle unos cuantos duros al apoderado que la represente a usted se habría arreglado todo, y como castigo le bastaría con cerrarles para siempre su puerta, si es que esas desgraciadas se sienten con fuerzas para llamar a ella otra vez en busca de trabajo.

El delito cometido queda así impune a los ojos de todo el mundo. De todo el mundo, menos a los míos. Usted seguirá recibiendo a sus numerosos amigos, mi bellísima señora, pero yo no he vuelto ni puedo volver más, porque su acción me inspira un horror parecido —no encuentro otro término de comparación—al que me producen los estallidos de la dinamita.

Y si morir a consecuencia de una explosión es cosa que me preocupa tan poco como morir de una tifoidea, en cambio me causa miedo, un miedo profundo, la risa argentina con que usted se burlaba de mí cuando yo decía que valía quinientas pesetas calculando muy bajo los jornales, una obra de arte que había usted encargado como una limosna y que le había costado sólo veinticinco.

Y como el miedo de prestar a un acto de esa índole mi sanción con mi presencia, es superior en mí a todo lo demás, debo de antemano declararle que, aun en el caso de que usted no compartiera estos escrúpulos y se dignara tratar de quitármelos, resultaría inútil que me invitase a quebrantar la resolución firmísima de no volver por allí, enviándome encantadoras y monísimas líneas en sus perfumadas esquelitas color malva.

De una sola manera habría usted de escribirme para que yo pudiese volver: utilizando el reverso de un recibo de esas infortunadas con el que me diga que ha recompensado usted su trabajo.

Es éste el único billete de entrada con que puedo penetrar de nuevo en su gabinete, sin que me envenene su ambiente tibio y perfumado y sin que me atormenten en monstruosa pesadilla, el Mefistófeles y el ídolo japonés, el pajecillo que levanta el artístico tapiz y el Cristo de ojos saltones, con aquella expresión de angustia y de dolor del que, después de diez y nueve siglos de crucificado, no ha conseguido aún ser entendido por los que atormentan impiámente su agonía, poniéndole delante un almohadón obtenido de ese modo.